

Trabajo presentado en la 3ra Jornada de Estudio

“Conflictos en el Siglo XXI: el caso de Afganistán”

Autor: Dr. Jorge Eduardo Malena

DNI: 11.483.361

Email: jorge.malena@salvador.edu.ar

Teléfono: 15 4473 5156

Entidad a la cual pertenece o representa: Centro de Estudios Estratégicos de la Armada de la República Argentina / Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador

Nombre del Panel seleccionado: 1er panel, “antecedentes del conflicto”

Título del trabajo: Las enseñanzas de la Historia: Reacciones Centro-asiáticas a la “agresión occidental”

Resumen del Trabajo presentado en la 3ra jornada de Estudio

“Conflictos en el Siglo XXI: el caso de Afganistán”

Título: Las enseñanzas de la Historia: Reacciones Centro-asiáticas a la “agresión occidental”

Autor: Dr. Jorge Eduardo Malena

DNI: 11.483.361

Email: jorge.malena@salvador.edu.ar

Teléfono: 15 4473 5156

Entidad a la cual pertenece o representa: Centro de Estudios Estratégicos de la Armada de la República Argentina / Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador

Resumen:

Se procura analizar dos fenómenos anteriores a la intervención estadounidense de 2001 en Afganistán (los Basmachi y los Mujahidín, que enfrentaron a la agresión soviética en las décadas de 1920 y 1980), que guardan similitudes, a fin de arribar a conclusiones que evidencian la influencia de la Historia en conflictos desarrollados en un mismo área geográfica o en un área aledaña. Asimismo, se intenta presentar un panorama de lo que las tropas de la alianza anglo-estadounidense no previeron que encontrarían, a juzgar por los resultados del esfuerzo bélico en desarrollo desde finales de 2001.

Entre las principales conclusiones, pueden señalarse (1) que la prolongada permanencia en el territorio ocupado, de no ser acompañada por victorias militares y políticas, termina redundando en contraofensivas enemigas efectivas y triunfos en la guerra por la captación de las almas; (2) que la geografía de la región resultó un elemento a favor de aquel bando que mejor la conocía, es decir el local; (3) que la desaprensión de la potencia extranjera por la dimensión religiosa y cultural (más allá de sus derechos a la propiedad), resultó crucial a la hora de definir las lealtades; y (4) que el contar con un “santuario” facilitó que se les proporcionara a los insurrectos no sólo hombres y medios militares sino también apoyo moral y político.

Las enseñanzas de la Historia: Reacciones Centro-asiáticas a la “agresión occidental”¹

Por el Dr. Jorge E. Malena²

Introducción – Objetivos del trabajo

Habida cuenta el particular interés que en la actualidad ha vuelto a despertar el fenómeno de los Talibanes en Afganistán, fruto del gradual estancamiento en su accionar de la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad en ese país (conocida comúnmente por su sigla en inglés como ISAF) y de los fútiles resultados de las operaciones de la alianza anglo-estadounidense para “ajusticiar” (ya sea en los sentidos de “llevar a la justicia” o “aniquilar”) a Osama Bin Laden, el presente trabajo procurará presentar dos fenómenos de existencia anterior que guardan ciertas similitudes, a los efectos de arribar a algunas conclusiones.

Por estos dos últimos fenómenos hago referencia a los Basmachi y los Mujahidín, que surgieron como consecuencia de hacer frente a la agresión militar de la Unión Soviética y se desarrollaron en las décadas de 1920 y 1980, respectivamente.

Debido a que tanto en la segunda y en la octava décadas del pasado siglo como en la actualidad (primera década del siglo XXI) pueblos del Asia Central tuvieron que tomar las armas para contrarrestar lo que ellos consideraron una “agresión occidental” (Rywkin, 1982: 4), el título de este trabajo contempla tal percepción.

¹ El siguiente trabajo se basa en el artículo que el autor publicó en “Transoxiana, Revista On line de la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador”, en Octubre de 2001.

² Graduado en Ciencias Políticas con Especialización en Relaciones Internacionales por la Universidad Católica Argentina. Magister en Política Internacional de Asia por la Universidad de Londres. Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Católica Argentina. Docente e Investigador sobre Estudios Orientales y Relaciones Internacionales en las universidades del Salvador y Católica Argentina. Miembro del Comité de Estudios Asiáticos del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). Miembro de la Academia Argentina de Estudios de Asia y África. Colaborador del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada de la República Argentina.

Asimismo, con este estudio de cómo los Basmachi y los Mujahidín combatieron en el teatro de operaciones centro-asiático, intentaré presentar un panorama de lo que las tropas de la alianza anglo-estadounidense no previeron que encontrarían, a juzgar por los resultados del esfuerzo bélico en desarrollo desde finales de 2001.

Precisiones terminológicas

Antes de comenzar el análisis, deseo presentar algunas cuestiones terminológicas: dada la falta de acuerdo respecto a si Afganistán es parte integrante del Asia Occidental (comúnmente llamada Medio Oriente), del Asia Meridional (habitualmente llamado el Subcontinente Indio) o del Asia Central, tal como se observa en una serie de recientes trabajos (Mayhew et al., 2000: 4; Menon et al. 2000: 2 ; y Yamamoto, 1999: 1), mantendré como definición más adecuada aquella que tiene en cuenta consideraciones no sólo de pertenencia histórica, sino también aspectos étnicos y culturales (de los cuales algunos serán presentados a lo largo de este trabajo). Por todos ellos, Afganistán de aquí en más será reconocido como parte integrante de Asia Central.

Asimismo, el Asia Central será entendida como aquella región geográfica que se extiende, de Oeste a Este, entre el Mar Caspio y el Desierto de Takla Makan; y, de Norte a Sur, entre la Llanura de Siberia Occidental y los montes Elburz e Hindu Kush. Dicha región comprende (de Norte a Sur) los actuales estados de Kazajstán, Uzbekistán, Kirguizistán, Turkmenistán, Tayikistán y Afganistán (Sellier et al., 2000: 5).

Finalmente, con respecto al término Talibán, deseo citar al Lic. Ricardo Lopez Dusil en su artículo “¿Talibán o talibanes?”, que la publicación “Transoxiana, Journal libre de Estudios Orientales” (Nro. 3, Octubre 2001) presentó al respecto:

“En Afganistán se habla el pashtú, una variante dialectal del persa que utiliza el alfabeto árabe y algunas de sus voces, fundamentalmente las que proceden del Corán, el libro sagrado de los musulmanes.

El origen del término talibán es producto de la raíz árabe talaba, que significa estudiar, y del sustantivo tálib (estudiante). En árabe (que tiene singular, dual y plural), el plural de talib es tul-lab; "taliban" se parece al dual en nominativo (literalmente "dos estudiantes") lo cual carecería de sentido. La explicación más razonable es que "tálib" ingresó sin modificaciones al persa, y probablemente también al pashtú.

El sufijo "an" en persa indica en muchos casos plural. Es decir que "talibán" es la pluralización de una voz de origen árabe mediante un sufijo extraño a esta lengua, fenómeno que ocurre muy a menudo en el persa. Muchos medios de prensa hispanos han optado por referirse a "un talibán" o a "varios talibán", lo cual carece de lógica.

El hecho de que "taliban" sea dual en árabe no impide que digamos y escribamos en español "los talibanes"; lo que impediría, en todo caso, es que digamos, en singular, "un talibán", ya que, en todo caso, estaríamos designando a dos estudiantes. La lógica, en ese caso, sería decir "un talib".

La españolización de una palabra extranjera implica su acomodación a la gramática de nuestra lengua. El término "taliban" se españoliza desde el momento en que se le pone acento gráfico. Pero este signo de españolización no hace que el dual árabe "taliban" pueda funcionar también como singular. Lo que hace que "talibán" pueda y hasta deba funcionar en español como singular es, sencillamente, el uso.

Si hay acuerdo, generalizado y arbitrario, en hablar de "un talibán", no quedarían dudas en pluralizarlo como "varios talibanes" (López Dusil, 2001: 1-2).

La resistencia a la agresión por parte de los Basmachi

Unos sesenta años antes de la intervención del Ejército Rojo en Afganistán, tuvo lugar una campaña militar soviética en contra de la insurrección desatada en la región que los zares llamaron “el Turquestán Ruso”. Aquí, los Basmachi (término que proviene del turco y hace referencia al verbo “atacar” -basmak-), se rebelaron contra la autoridad bolchevique, que intentó dar por tierra la independencia declarada por los protectorados de Khiva y Bukhara, la ciudad de Kokand y los pueblos del valle de Fergana luego de la caída del Zarismo.

Cabe destacar aquí que la adopción del término por los rebeldes obedeció a que los bolcheviques emplearon despectivamente al mismo (originariamente se lo utilizaba para describir a un “bandido”), lo cual le imprimió un sentido especial (dado que aquello considerado como peyorativo para los rusos fue tomado como honorífico por los centroasiáticos) (Bacon, 1966: 32).

Pese a la realización de las proclamas de independencia mencionadas, en Tashkent un grupo proclive a la Revolución de Octubre estableció en 1918 un Soviet, desde el cual se propusieron imponer el Comunismo en el área circundante. A medida que sus efectivos avanzaban en dirección Sur, la tierra era arrasada, las parcelas más productivas y los animales expropiados y entregados a favor de los colonos rusos, y el trigo y el algodón requisados por la fuerza. Las tradiciones y ley islámica vigentes fueron denigradas y finalmente abolidas.

Ante semejante estado de cosas, un líder local -Madamín Bek- y un ex oficial zarista -Konstantin Monstrov- decidieron reunir fuerzas con el fin de rechazar la invasión Roja. Desde Afganistán, el monarca Amanullah Khan, quien estaba en su máximo apogeo por salir victorioso de una nueva guerra contra los británicos, envió 500 hombres. La asistencia del monarca tenía como ulterior objeto incorporar los territorios levantados contra la dominación soviética, en lo que sería una confederación turcomana dirigida por Afganistán (Allworth, 1967: 12-13).

Pese a los triunfos iniciales de los Basmachi, hacia 1920 tropas soviéticas reforzadas con Tártaros del Volga sobrepasaron sin resistencia la Transcaucasia (actuales Oeste de Uzbekistán y Centro de Turkmenistán) y arribaron a la guarnición de Tashkent. Desde allí se lanzaron -guiados por el Gral. Mikhail Frunze³- a la reconquista del Valle de Fergana.

Aunque los avances de los efectivos federales hizo pensar que pronto sobrevendría una definitiva derrota de los Basmachi, la muerte en circunstancias poco claras de Madamín-Bek⁴, dio nuevas fuerzas a la resistencia anti-bolchevique (Rywkin, 1982: 36-37). Hacia fines de 1920, la autoridad central soviética estableció las repúblicas populares de Khorez y de Bukhara, las que abarcaban los antiguos protectorados de Khiva y Bukhara, la ciudad de Kokand y la porción occidental del valle de Fergana. La decisión generó un mayor odio hacia los bolcheviques, dado que con la excusa de reorganizar el gobierno y la economía, los cargos y las mejores propiedades fueron a parar en manos de los rusos.

La guerra durante los dos años siguientes se tornó más virulenta, debiendo ser despachadas desde Tashkent casi una decena de divisiones suplementarias, las que -en algunos casos apoyadas por aviación y paracaidistas- tuvieron por misión aplastar definitivamente a los Basmachi. Sin embargo, a partir de mediados de la década del '20, un factor de origen extra-militar trajo aparejado lo que sería el fin de la resistencia Basmachi: la implementación del Nuevo Plan Económico de Lenín. El mismo, además de importantes inversiones⁵ y redistribución de las tierras a favor de sus originales dueños, contempló el otorgamiento de garantías religiosas (Allworth, 1967: 248-251).

El hartazgo de la población tras los ocho años de guerra transcurridos se hizo evidente (a lo que quizás se le sumó la creencia en que la independencia sería imposible -dada la construcción en ciernes de la Unión Soviética-), habida cuenta que en el período 1925-1928 sólo se registran éxitos militares del Ejército Rojo. Los Basmachi, carentes de lo

³ Del cual tomó el nombre la capital de la antigua República Socialista Soviética Federada de Kirguizia.

⁴ Para las comunidades del Valle de Fergana, el líder local fue asesinado por los rusos rojos, ante sus negativa de rendición, luego de infructuosas tentativas de negociación para poner fin a los enfrentamientos. No obstante, las autoridades de Tashkent anunciaron que, antes las dispares opiniones de los jefes comunales, Madamín-Bek fue muerto por Kushirmat como consecuencia de la rotunda negativa del segundo a toda posibilidad de negociación.

⁵ Ellas consistieron en obras de riego, crédito barato y entrega de semillas y herramientas.

que fue inicialmente un irreductible apoyo de la población e inmersos en divergencias de comando según líneas étnicas, vieron gradualmente erosionada la asistencia en materia de hombres, armas, información, comida, ropa y medicinas. Al perder los rebeldes toda iniciativa estratégica, hacia fines de la década de 1920 el Comunismo comenzó a consolidarse en el Turquestán.

A pesar del aplastante triunfo obtenido, la “Comisión del Turquestán” -que desde entonces tuvo en sus manos el control del Asia Central soviética- integró a sus filas como asesores a intelectuales y personalidades sociales de la región, con el fin de socavar todo sentimiento de que desde el Kremlin se intentaba sojuzgarlos.

En síntesis, la revolución bolchevique y las condiciones engendradas por la guerra proporcionaron a los pueblos centro-asiáticos una oportunidad para recuperar su independencia. La represión y las transformaciones del Soviet de Tashkent convirtieron la disensión pasiva original en activa resistencia armada.

El movimiento de los Basmachi se desarrolló entonces como reacción contra el estado de cosas, apoyándose en la población autóctona y desplegando tácticas guerrilleras consistentes en continuos golpes de mano destinados a hostigar y dejar exhausto al enemigo. También aquí fue crucial el aprovechamiento del terreno gracias al conocimiento que se tenía del mismo, y la existencia de un “santuario” en Afganistán.

La resistencia a la agresión por parte de los Mujahidín

Tras lo analizado en el punto anterior, podemos observar que la invasión soviética a Afganistán de diciembre de 1979 no fue la primera intervención del Kremlin en territorio centro-asiático.

Hacia mediados de 1978, Nur Mohammed Taraki, líder del Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA), logró ser nombrado Primer Ministro, iniciando un programa de reformas sociales y económicas radicales inspiradas en su adhesión al Marxismo-leninismo, lo cual afectó la estructura tribal de la población. En materia social, tradiciones religiosas y tribales fueron denigradas, mientras que en lo económico se transfirieron tierras ricas a grupos afines en perjuicio del clero y otras personalidades (Monks, 1981: 15-16).

Ante la creciente inquietud social, en septiembre de 1979 Hafizullah Amin apartó del poder a Taraki, si bien las medidas que adoptó fueron aún más severas: so pretexto de lanzar un programa “modernizador” de la sociedad, fueron abolidos los poderes tribales. Hacia diciembre de 1979, el 80% de las provincias se encontraban en abierta rebelión contra las autoridades de Kabul (Hutcheson, 1982: 54).

Más allá de preguntarnos hasta qué punto las administraciones de Taraki y Amin fueron parte de un plan para provocar la intervención soviética (el PDPA era una suerte de PC afgano, pese a su nombre diferente), lo cierto es que entre el 24 y el 27 de diciembre de 1979 efectivos militares de la Unión Soviética ingresaron a Afganistán por aire y tierra, arrestaron a Amin e instalaron a Babrak Karmal como Premier (Monks, 1981: 17).

Al igual que en su momento (casi seis décadas atrás), Karmal anunció una serie de medidas de notoria similitud con aquellas de la “Comisión del Turquestán”: garantías religiosas, reforma agraria, respeto por las tradiciones, beneficios económicos, incorporación de personalidades locales a instituciones gubernamentales⁶, etc.. Sin embargo, como el país había sido lisa y llanamente invadido por una potencia extranjera

⁶ Incluso fue establecido un “Frente Nacional de la Patria”, que -a los efectos de restar poder a la dirigencia tribal- procuraba reunir en su seno a dirigentes económicos, culturales y religiosos.

(más específicamente los “diablos rojos”), la reacción del pueblo afgano (en particular bajo la forma de los Mujahidín⁷) no se hizo esperar (Klass, 1982: 76-77).

La reacción centro-asiática consistió en un primer momento en combinar atentados contra altos funcionarios de la ocupación y ataques (del tipo de emboscadas) contra contingentes e instalaciones soviéticas. De esta manera, se procuraba afectar la moral y la conducción del enemigo, destruir las líneas de abastecimiento y de comunicación, y dispersar las fuerzas hostiles. El centro de la resistencia se estableció al Norte de Kabul, más exactamente en el valle de Panjshir. Desde allí, aprovechando que se contaba con un refugio natural, se lanzaban importantes operaciones (Hutcheson, 1982: 43). Asimismo, la relevancia de este valle residía en ser confluencia de las rutas que unen el país de Norte a Sur (en este caso, las vías de comunicación entre el Asia Central soviética y la capital afgana).

Paquistán se convirtió en la principal fuente de refugio y de abastecimiento de los Mujahidín, lo que incluyó la entrega -a partir de mediados de los 80's- por parte de los EE.UU. de armamento avanzado (como sucedió con los lanza-misiles portátiles tierra-aire Stinger, que privó al Ejército Rojo de la supremacía aérea) (Cooley, 1999: 60, 93 y 110).

Además de operaciones de contra-insurgencia dirigidas a consolidar la ocupación, las fuerzas soviéticas debieron realizar campañas de propaganda no sólo destinadas a presentar las “bondades” del Comunismo, sino también a descalificar a los Mujahidín.

En cuanto a las operaciones antes mencionadas, los soviéticos inicialmente proveían apoyo aéreo al Ejército Afgano “leal”, ocuparon los principales núcleos urbanos, protegían las vías de comunicación, forzaban a los insurgentes a retirarse a áreas aisladas, y efectuaban maniobras de bloqueo y destrucción de focos de resistencia. El grueso de sus efectivos era provenientes del Asia Central soviética, los que a los pocos meses de comenzada la invasión -tras observarse que eran reservistas mal entrenados y poco dispuestos a enfrentarse con un pueblo cercano étnica y religiosamente-, fueron

⁷ Palabra que en árabe significa “neutro” y toma el sentido de “el que se aparta y establece un límite”.

reemplazados por hombres provenientes de las repúblicas socialistas federadas del Báltico (Cooley, 1999: 36-39).

Comparación entre la resistencia de tanto los Basmachi como los Mujahidín: enseñanzas de la historia

Al compararse los movimientos Basmachi de 1918-1928 con los Mujahidín de 1979-1988, uno puede observar una serie de similitudes y diferencias que permiten arribar a una serie de conclusiones útiles para comprender el desarrollo de las acciones de los efectivos anglo-estadounidenses y de la ISAF en Afganistán.

Con respecto a las diferencias, dado que aparentemente las autoridades militares del Ejército Rojo de los 80's habrían aprehendido de mejor manera la experiencia vivida sesenta años atrás, las mismas no son numerosas. Desde ya, la evolución tecnológica en materia de armamentos benefició en gran medida el accionar de los soviéticos en Afganistán (se emplearon por vez primera helicópteros, blindados, tanques y armas químicas; mientras que la artillería y la aviación fueron más avanzadas), si bien en este caso la victoria militar no fue alcanzada.

Puede observarse que en la década de 1980 -a diferencia de lo acontecido antes- las fuerzas soviéticas antagonizaron a la población civil, mediante el saqueo y la destrucción de aldeas, la violación y el asesinato (hechos que el Gral. Frunze castigaba con la muerte).

En segundo término, el factor tiempo ha sido determinante a la hora de definir el éxito o la derrota (el mismo, cuanto más breve mejor). La prolongada permanencia en el territorio ocupado, de no ser acompañada por victorias militares y políticas (caso Ejército Rojo en el Turquestán), termina redundando en contraofensivas enemigas efectivas y triunfos del otro bando en la guerra por la captación de las almas (caso del Ejército Rojo en Afganistán).

En tercer lugar, mientras el Turquestán Ruso no constituía un Estado independiente, Afganistán era una república soberana, lo cual otorgaba a los Mujahidín un aliciente adicional⁸. En último término, los soviéticos de la década de 1980 no contaron con un

⁸ Si bien con toda razón podría argumentarse que los Basmachi peleaban por su independencia, lo cual es análogo a lo sucedido en Afganistán.

“Nuevo Plan Económico” que desde lo extramilitar revirtiera los resultados bélicos (¿ha tenido EE.UU. un “Plan Marshall” para Afganistán?).

Antes de analizar las similitudes, cabe mencionar que a lo largo de su historia, los pueblos del Asia Central fueron reacios a aceptar la dominación proveniente del exterior. Aquí, junto a los rusos -ya sea zaristas o bolcheviques-, debemos incluir a persas, macedonios, turcos, árabes, mongoles y timúridas.

En cuanto a los puntos en común, primeramente, la geografía de la región resultó un elemento a favor de aquel bando que mejor la conocía: pese a ser un área vasta, la población era escasa y solía encontrarse concentrada. Si bien los rebeldes podían refugiarse en montañas y zonas desérticas, el cerco de los núcleos habitados permitió asegurar el asfixio logístico del enemigo.

Asimismo, cabe destacar que en las dos rebeliones analizadas, la desaprensión de la potencia extranjera por la dimensión religiosa y cultural de los pueblos centro-asiáticos (más allá de sus derechos a la propiedad), resultó crucial a la hora de definir las lealtades. Para estos pueblos, el principal elemento de cohesión es la religión, de allí que la “jihad” (en su acepción negativa de “guerra al infiel”) les haya dado la fortaleza para sobreponerse a un enemigo superiormente armado. No obstante, la diversidad étnica de la comunidad centro-asiática, redundó en un punto a favor de los “invasores” (dado el disenso que surgió en sus filas una vez que las acciones militares les fueron adversas).

Del mismo modo, mientras las fuerzas militares de la potencia extranjera no fueron superiores en número y estuvieron mejor pertrechadas, toda oferta de naturaleza política resultó intrascendente. A ello debe agregársele la relativa futilidad del empleo de unidades militares compuestas por grupos sociales ajenos al conflicto (en los 20’s los Tártaros del Volga y en los 80’s los bálticos), habida cuenta que sólo cuando elementos propios ingresaron al teatro de operaciones, la guerra tomó un giro favorable para la potencia extranjera (seguirá apoyándose Occidente en sus iniciales aliados de la Alianza del Norte?).

El contar con un “santuario” en áreas vecinas (en el caso de los Basmachi en Afganistán, en el de los Mujahidín en Paquistán -y en el de los Talibán también en

Paquistán-) facilitó que se les proporcionara a los rebeldes no sólo hombres y medios militares sino también apoyo moral y político.

La oferta de cargos -aunque fuese algo tardía y en la forma de asesores- a personalidades locales, permitió oponer al nacionalismo de raigambre religiosa un horizonte de autonomía, lo cual -si bien implicaba pasar a ser parte de un sistema extraño⁹- aseguró reducir notablemente la resistencia local.

Otra medida de índole política ha sido la búsqueda de pacificación y de adeptos mediante campañas de propaganda. Las mismas, si bien se basaban en contenidos muy elementales (realzar las aparentes virtudes propias y descalificar al enemigo), permitían avanzar en la guerra por la captación de las almas.

A modo de conclusión, puede aseverarse que si bien cada circunstancia presenta sus propias particularidades, la historia nos brinda una serie de lecciones tal como lo evidencia la repetida experiencia soviética en el Asia Central. La insuficiente toma de conciencia de las mismas por parte de la alianza anglo-estadounidense, son una señal alarmante, en un conflicto que desangra a Afganistán desde hace más de seis años, el cual agrega sufrimiento a un pueblo que ha sido testigo en el siglo XX de décadas de enfrentamientos.

En la actualidad, la imperante búsqueda de soluciones superadoras constituye un desafío para los estrategas occidentales. De seguro, la consideración de las enseñanzas de la Historia puede brindar una herramienta fundamental, para que de se modo se pueda alcanzar la paz dentro de un marco justo y la satisfacción de las demandas materiales de la población.

⁹ E incluso hostil, si observamos que en los casos de los Basmachi y de los Mujahidín significaba ser parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Bibliografía

Allworth, Edward 1967: Central Asia: A Century of Russian Rule (New York: Columbia Univ. Press).

Bacon, Elizabeth 1966: Central Asia Under Russian Rule (Ithaca, NY: Cornell Univ. Press).

Cooley, John K. 1999: Unholy Wars (London: Pluto Press).

Hutcheson, John 1982: “Política de Destrucción Total: los Soviéticos en Afganistán”, Military Review (mayo).

Klass, Rosanne 1982: “Situación en Afganistán” Declaración ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los EE.UU. -Segunda Sesión del 97mo Congreso- (Washington DC: Biblioteca del Congreso, mes de marzo),

López Dusil, Ricardo 2001: “¿Talibán o talibanes?”, en Transoxiana, Revista On line (Buenos Aires: Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador, Nro. 3 Octubre ‘01).

Mayhew, B., Richard Plunkett y Simon Richmond (eds.) 2000: Central Asia (Melbourne: Lonely Planet).

Menon Rajan, Yuri E. Fedorov & Ghia Nodia 2000: Russia, the Caucasus and Central Asia (New York: M. E. Sharpe).

Monks, Alfred L. 1981: The Soviet Intervention in Afghanistan (Washington DC: American Enterprise Institute for the Public).

Rywkin, Michael 1982: Moscow’s Muslim Challenge: Soviet Central Asia (New York: M. E. Sharpe Inc.).

Sellier, André y Jean Sellier 2000: Atlas des peuples d'Orient (Paris: Éditions La Découverte et Syros).

Yamamoto, Yoshinobu 1999: Globalism, Regionalism And Nationalism: Asia In Search Of Its Role In The 21st Century (Oxford, UK: Blackwell).